

ADIOS A LAS LETRAS

Juan Rulfo

JUAN RULFO deambula como un huérfano que tuviera a sus espaldas un millón de ancestros. La mirada es lejana, como ávida. Fuma constantemente, y no sólo fuma, sino que se halla tan unido al cigarro que luego lo persigue, lo pisotea, lo arroja contra el cenicero y lo aplasta con saña y con cariño, como si fuera un hermano expulsado. Sus piernas le obedecen desganadamente, y se desplaza sin entusiasmo por las estancias del hotel donde fue alojado. La imagen de Juan Rulfo es la de un hombre que camina con un secreto bajo el brazo, silencioso y humilde, como los más grandes.

Un día miró a su biblioteca, donde se reúnen los objetos intelectuales del lector más voraz de América. Recorrió los volúmenes, con el entusiasmo familiar de quien los sabe usados, viejos, olorosos a mano y a tabaco. "No está". No debe decirle demasiadas palabras, ni a la biblioteca ni a nadie, Juan Rulfo. No estaba el volumen que buscaba, la ficción que pudiera llenar aquellos ojos acuosos. Antiguos como preexistentes. "Así que tendré que escribirlo yo". Mentiría si dijera que de esa decisión nació "Pedro Páramo". Juan Rulfo puso a reposar la idea del libro y fue poniéndole a la mano las alas que precisaba para adiestrarse. Fueron así creciendo los relatos de "El llano en llamas". De vez en cuando se paraba las manos para que no le faltara a la cabeza la sangre que precisaba el concepto creciente de "Pedro Páramo", cuyo territorio se iba difuminando, llenando, cobrando matices, en los ejercicios de "El llano".

Finalmente, diez años más tarde, "Pedro Páramo" pudo nacer. Juan Rulfo lo escribió, con dolor, con sufrimiento, dice él hoy. Jamás volvió a leerlo. La repugnancia por la literatura propia cobra aires de gozo con la literatura ajena, y Juan Rulfo, trabajador infatigable del Instituto Indigenista de México, "aficionado a la literatura", sigue recordando las novelas nórdicas, las obras de Faulkner, las creaciones de Mariano Azuela ("No me ha influido demasiado, no") y los cuentos infantiles que halló en su casa de Jalisco, el único territorio criollo de México.

Y no hay que preguntarle qué escribe, o por qué no escribe. Tampoco hay que interrumpirle mientras narra su infancia, su vida, minuciosamente, como si la estuviera colocando con alfileres sobre



un gran mapa de estraza, se ríe sólo de vez en cuando, cuando hay algo ajeno que le causa un entusiasmo mitigado, como si pasara lo que se llama un ángel y él se riera de su sexo. Recuerda con gusto anécdotas que le han ocurrido mientras recorría México. En la parte de su país se encontró con un mestizo llamado Scott. "Debe ser usted norteamericano o inglés, seguro". "No, soy mexicano", repuso el mestizo. "Pero me llamo así porque mi padre tenía por nombre el de Emulsión Scott". Un personaje de una de sus obras se llama Juan Bicicleta, porque nació justo cuando aparecía por la calle donde se producía su nacimiento un vehículo de aquella clase.

Habla de los demás como si fuera él mismo en el espejo. Los destroza con habilidad y cariño, pero siempre habla bien de ellos, como si fueran los seres que dan forma a una vida por la que él tiene el apego de llevarla consigo. Gabriel García Márquez y Octavio Paz, dos nombres mentados ante su presencia, desatan su elogio. García Márquez es un maestro y Octavio Paz es otro. El se sienta en lo más hondo del escalofón, oteando el horizonte, como si estuviera en llamas. Ha pasado por Las Palmas de Gran Canaria con parsimonia, tocando las cosas sin llevarse nada. "¿Cómo estás, Rulfo?", le preguntan para acercarse. El rompe la monotonía de sus manos y las tiende. "Regular" dice, con la sonrisa que se reserva para aplaudir anécdotas ajenas. Deja la estela de quien no existió jamás, pero mantiene en el aire la habitación de millones de seres a los que contempla con la pasión atenuada de quien tampoco cree en la vida. ■ SILVESTRE CODAC.

biernos, revoluciones, pestes, derrotas militares, ¡todo!, pero ninguna ha resistido la descomposición del sentimiento nacional, el atomizamiento de ideas e intereses hasta un punto en que sólo se funden para la venganza y por el odio". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

Hesse, íntimo

Hay autores cuya obra, después de gozar de gran popularidad, cae de repente en un anodino olvido, para resurgir, sin embargo, años después con renovado esplendor. El redescubrimiento del escritor se produce entonces sencillamente por el hecho de que su sensibilidad o sus preocupaciones enlazan con las de una nueva generación de lectores.

Algo así ha ocurrido, por ejemplo, con Albert Camus, del que se vuelve a hablar con interés en Francia, cuando parecía que ya nadie se acordaba del autor de La peste. Tal es también el caso del alemán, tempranamente nacionalizado suizo, Hermann Hesse, algunas de cuyas obras, Siddharta, El lobo estepario, El último verano de Klingsor o El collar de abalorios, se convirtieron, casi cincuenta años después de escritas, en auténticos libros de cabecera para la llamada "generación de las flores". Naturalmente aquí, a España, la moda —porque no hay que excluir, en todo ello, un fuerte componente de moda en su sentido más chatamente consumista— llegó, como siempre ocurre, con estas cosas, algo más tarde. Y así, en los dos o tres últimos años, Hermann Hesse ha sido, sin duda, uno de los autores extranjeros más profusamente reeditados.

Ahora, Edhasa, que ha lanzado al mercado una interesante colección de clásicos contemporáneos, publica una antología de "textos póstumos en prosa" del autor de Narciso y Goldmund, compilados por Volker Michels. Se trata de pequeños artículos aparecidos en su mayor parte en diarios y revistas y que abarcan un largo trecho de la vida de Hesse. El primero, "Pequeñas alegrías", que da título al volumen (1), data de 1899 —el autor tenía entonces veintidós años y acababa de dar a conocer sus Romantische Lieder ("Canciones

(1) Traducción de María A. Gregor.